

VIII

La doble existencia. — El sueño

Bálsamo retrocedió vivamente; los dos brazos de Lorenza no cogieron más que el aire, y volvieron á caer cruzados sobre su pecho.

— Lorenza, dijo Bálsamo, ¿quieres hablar con tu amigo?

— ¡Oh! sí, dijo ella; pero háblame tú mismo frecuentemente: ¡me gusta tanto tu voz!

— Lorenza, me has dicho muchas veces que serías muy feliz si pudieras vivir conmigo, separada de todo el mundo.

— ¡Oh! sería mi suprema felicidad.

— Pues bien, he realizado tus deseos, Lorenza. En esta estancia nadie puede perseguirnos, nadie puede incomodarnos; estamos solos, enteramente solos.

— ¡Ah! tanto mejor.

— Dime si te gusta esta habitación.

— Mándame que vea.

— Ve.

— ¡Oh! ¡qué hermosa es! exclamó.

— ¿Conque te agrada? preguntó el conde con dulzura.

— ¡Oh! sí; veo mis flores favoritas, mis heliotropos de vainilla, mis rosas purpurinas, mis jazmines de la China. Gracias, mi tierno José: ¡qué bueno eres!

— Hago lo que puedo por agradarte, Lorenza.

— ¡Oh! haces cien veces más de lo que merezco.

— ¿Lo confiesas?

— Sí.

— ¿Confiesas que has sido ingrata conmigo?

— ¡Muy ingrata! ¡oh! sí; pero tú me perdonas, ¿no es verdad?

— Te perdonaré cuando me hayas explicado ese extraño misterio contra el cual luché desde que te conozco.

— Escucha, Bálsamo. Hay en mí dos Lorenzas muy distintas: una que te ama y otra que te aborrece, como hay en mí dos existencias opuestas: la una, durante la cual absorbo todas las alegrías del paraíso, y la otra, durante la cual experimento todos los tormentos del infierno.

— Y una de esas dos existencias es el sueño, y la otra la vigilia, ¿no es verdad?

— Sí.

— ¿Y me amas cuando duermes y me detestas cuando velas?

— Sí.

— ¿Por qué?

— No lo sé.

— Debes saberlo.

— No.

— Recuerda bien, sondea tu propio corazón.

— ¡Ah! sí!... ahora comprendo.

— Habla.

— Cuando vela Lorenza, es la romana, es la hija supersticiosa de Italia: cree que la ciencia es un crimen y el amor un pecado. Entonces tiene miedo al sabio Bálsamo, tiene miedo al hermoso José. Su confesor le ha dicho que amándote perdería su alma, y ella huirá de ti siempre, sin cesar, hasta el cabo del mundo.

— ¿Y cuando duerme Lorenza ?

— ¡ Oh ! entonces es otra cosa : no es ya romana, no es va supersticiosa ; es mujer. Entonces ve en el corazón y en el espíritu de Bálamo ; ve que este corazón la ama : ve que este genio sueña cosas sublimes. Entonces comprende cuán poca cosa es comparada con él, y quisiera vivir y morir á su lado á fin de que el porvenir pronunciase en voz baja el nombre de Loranza al mismo tiempo que pronunciará en voz alta el nombre de... Cagliostro.

— ¿ Luego bajo este nombre llegaré á ser célebre ?

— Sí, sí, bajo este nombre.

— ¡ Querida Lorenza ! ¿ Conque amarás esta nueva casa ?

— Es mucho más rica que todas las que me has dado ya : pero no es por eso por lo que la amo.

— ¿ Por qué la amas tú ?

— Porque prometes habitarla conmigo.

— ¡ Ah ! ¿ cuando duermes sabes que te amo ardientemente y con pasión ?

La joven cogió sus dos rodillas abrazándolas fuertemente, mientras una pálida sonrisa asomaba á sus labios.

— Sí, lo veo, dijo ella. Sí, lo veo, y sin embargo, añadió exhalando un suspiro, hay una cosa que amas más que á Lorenza.

— ¿ Qué cosa ? preguntó Bálamo temblando.

— Tu sueño.

— Dí mi obra.

— Tu ambición.

— Dí mi gloria.

— ¡ Oh ! ¡ Dios mío ! Dios mío

El corazón de la joven se oprimió, y lágrimas silenciosas corrieron al través de sus párpados cerrados.

— ¿ Qué ves ? preguntó Bálamo admirado de aquel

lla sorprendente lucidez que á veces le espantaba á él mismo.

— ¡ Oh ! veo tinieblas entre las cuales se deslizan fantasmas : veo muchas testas coronadas, y tú, tú te hallas en medio de todos como un general en medio de una refriega. Me parece que tienes los poderes de Dios ; mandas y te obedecen.

— ¡ Pues bien ! dijo Bálamo con alegría, ¿ esto mismo no te deja envanecida de mí ?

— ¡ Oh ! eres demasiado bueno para no ser grande. Por otra parte, yo me busco en todo ese mundo que te rodea, y no me veo. ¡ Oh ! no estaré ya en él... ya no estaré en él, murmuró tristemente.

— ¿ Y dónde estarás ?

— Estaré muerta.

Bálamo se estremeció.

— ¡ Muerta tú, Lorenza mía ! exclamó ; no no, viviremos juntos y para amarnos.

— Tú no me amas.

— ¡ Oh ! sí te amo.

— Pero no mucho, contestó cogiendo con sus dos manos la cabeza de José ; no mucho, añadió apoyando en su frente sus labios enardecidos que multiplicaban sus caricias.

— ¿ Qué falta adviertes en mí ?

— Tu frialdad. ¿ Lo ves ? retrocedes. ¿ Por ventura te abraso con mis labios, puesto que esquivas mis besos ? ¡ Oh ! devuélveme mi tranquilidad, mi convento de Subiaco y las noches de mi celda solitaria. Devuélveme los besos que me enviabas en las alas de las brisas misteriosas, y que en mi sueño veía venir á mí como sílfides con las alas de oro, y que anegaban mi alma en un mar de delicias.

— ¡ Lorenza ! ¡ Lorenza !

— ¡ Oh ! no huyas de mí, Bálamo, no huyas de

mí, yo te lo suplico; dáme tu mano para que la estreche entre las mias; dáme á besar tus ojos; yo soy tu mujer.

— Sí, sí, mi Lorenza querida, sí, eres mi mujer muy amada.

— ¡Y permites que pase así á tu lado, inútil, abandonada! ¡Tienes una flor casta y solitaria cuyo perfume te llama, y rechazas su perfume! ¡Ah! lo conozeo: nada soy para tí.

— Al contrario, lo eres todo, Lorenza mía, puesto que tú eres la que me das la fuerza, el poder, el genio; puesto que sin ti nada podría. Cesa, pues, de amarme con esa fiebre insensata que turba las noches de las mujeres de tu país. Ámame como yo te amo.

— ¡Oh! no es amor, no es amor lo que sientes por mí.

— Es á lo menos todo lo que yo te pido; porque tú me das todo lo que yo deseo; porque esa posesión del alma me basta para ser feliz.

— ¡Feliz! dijo Lorenza con aire desdeñoso; ¿llamas á eso ser feliz?

— Sí, porque para mí ser feliz es ser grande.

Lorenza lanzó un gran suspiro.

— ¡Oh! ¡si supieras, Lorenza mía, lo que vale leer en el corazón de los hombres para dominarlos con sus propias pasiones!

— ¡Sí, te sirvo para eso, ya lo sé!

— No es eso todo. Tus ojos leen para mí en el libro cerrado del porvenir. Lo que no he podido aprender con veinte años de trabajos y miserias, tú, mi dulce paloma, inocente y pura, cuando quieres me lo enseñas. Mis pasos, á los que tantos enemigos arman emboscadas, tú los alumbras; mi espíritu, de que dependen mi vida, mi fortuna y mi libertad, tú lo dilatas como el ojo del linco que ve durante la noche.

Tus hermosos ojos, al cerrarse á la luz de este mundo, se abren á una claridad sobrehumana y velan por mí. Tú eres la que me haces libre, rico y poderoso.

— ¡Y tú en cambio me haces desgraciada! exclamó Lorenza enajenada de amor.

Y más ávida que nunca, rodeó con sus dos brazos á Bálamo, que impregnado también de la llama eléctrica, sólo oponía ya una débil resistencia.

Hizo no obstante un esfuerzo y desató el lazo vivo que lo envolvía.

— ¡Lorenza! ¡Lorenza! dijo, ¡por piedad!

— ¡Soy tu esposa, exclamó ella, y no tu hija! Ámame como un esposo ama á su esposa, y no como me amaba mi padre.

— Lorenza, dijo Bálamo todo trémulo de deseos, te suplico que no me pidas otro amor que el que puedo darte.

— ¡Pero eso no es amor, eso no es amor! exclamó la joven levantando con desesperación sus dos brazos al cielo.

— ¡Oh! sí, es amor... pero amor santo y puro, como el que se debe tributar á una virgen.

Lorenza hizo un movimiento brusco que desató las largas trenzas de sus cabellos negros. Su brazo, tan blanco y tan nervioso á la vez, se dirigió casi amenazador hacia el conde.

— ¡Oh! ¿qué significa esto? dijo con voz breve y desolada. ¿Por qué me has hecho abandonar mi país, mi nombre, mi familia, todo, hasta mi Dios? Porque tu Dios no se asemeja al mío. ¿Por qué me has acercado á ti? ¿Por qué has tomado sobre mí ese imperio absoluto, que me hace tu esclava, que hace de mi vida tu vida y de mi sangre tu sangre? Dime, ¿por qué has hecho todas estas cosas, si te habías de contentar con llamarme la virgen Lorenza

Bálsamo suspiró á su vez, abrumado bajo el inmenso dolor de aquella mujer desolada.

— ¡ Ay ! dijo, tú tienes la culpa, ó más bien la tiene Dios, porque ha hecho de ti ese ángel de mirada infalible, con cuyo auxilio someteré el universo ; por qué lees en todos los corazones al través de su corteza material, como se lee en una página detrás de un vidrio ? Porque eres el ángel de pureza, Lorenza ; porque eres el diamante sin mancha ; porque nada hace sombra en tu espíritu ; porque viendo Dios esta forma inmaculada, pura y radiante como la de su santa Madre, se digna dejar descender á ella, cuando yo le invoco en nombre de los elementos que ha creado, su Santo Espíritu, que de ordinario se cierne sobre los seres vulgares y sórdidos, por no hallar en ellos un sitio sin mancha donde pueda posarse. Virgen tú, Lorenza, eres la inspirada de Dios ; mujer, no serás más que materia.

— ¿ Y no prefieres mi amor ? exclamó Lorenza batiendo una contra otra sus hermosas manos que se enrojecieron, ¿ y no prefieres mi amor á todos los sueños que te acosan, y á todas las quimeras que crea tu imaginación ? ¿ Y me condenas á la castidad de la religiosa, con las tentaciones del ardor inevitable en tu presencia ? ¡ Ah ! José, José, cometes un crimen : yo soy quien te lo digo.

— No blasfemes, Lorenza mía, exclamó Bálsamo, porque sufro como tú. Lee, lee en mi corazón, lo quiero, y di luego que no te amo.

— Pero entonces, ¿ por qué te resistes á ti mismo ?

— Porque quiero elevarte conmigo sobre el trono del mundo.

— ¡ Oh ! ¿ tu ambición, Bálsamo, murmuró la joven, tu ambición te dará nunca lo que te da mi amor ?

Bálsamo, embriagado también de amor, dejó caer su cabeza sobre el pecho de Lorenza.

— ¡ Oh ! sí, sí, exclamó ésta ; sí, veo al fin que me quieres más que á tu ambición, más que al poder y más que á tu esperanza. ¡ Oh ! al fin me amas como yo te amo.

Bálsamo intentó sacudir la nube embriagadora que comenzaba á ofuscar su razón ; pero su esfuerzo fué inútil.

— ¡ Oh ! puesto que tanto me amas, dijo, perdóname.

Lorenza no escuchaba ya ; acababa de hacer de sus dos brazos una de esas cadenas invencibles y más tenaces que las grapas de hierro y más sólidas que el diamante.

— Te amo como quieras, dijo, hermana ó mujer, virgen ó esposa, pero dame un beso, uno solo.

Bálsamo estaba subyugado, vencido y despedazado por tanto amor ; sin fuerzas para resistir más, con los ojos encendidos, el pecho jadeante y la cabeza trastornada, se aproximó á Lorenza, tan invenciblemente atraído como lo es el acero por el imán.

¡ Sus labios iban á tocar los labios de la joven !

De repente recobró su razón.

Sus manos azotaron el aire cargado de vapores embriagantes.

— ¡ Lorenza ! exclamó, ¡ despertad, yo lo mando !

Al punto, aquella cadena que no había podido romper, se aflojó : los brazos que le enlazaban se extenuaron : la sonrisa ardiente que entreabría los labios secos de Lorenza, se borró, languideciendo como un resto de vida en el último suspiro ; sus ojos cerrados se abrieron, estrecháronse sus pupilas dilatadas ; sacudió los brazos con esfuerzo ; hizo un gran movimiento

de cansancio, y volvió á caer tendida, pero despierta, sobre el sofá.

Bálsamo, sentado á tres pasos de ella, lanzó un profundo suspiro.

— ¡Adiós, dorado sueño! murmuró, ¡adiós, felicidad!

IX

La doble existencia. — La vigilia

Así que la vista de Lorenza recobró su poder, echó una rápida mirada en torno suyo.

Después de haber examinado cada cosa sin que ninguna de esas mil pequeñeces que hacen la alegría de las mujeres, pareciese mitigar la gravedad de su fisonomía, la joven fijó la vista en Bálsamo con un doloroso estremecimiento.

Bálsamo estaba sentado y atento á algunos pasos de ella.

— ¡Aun vos! exclamó retrocediendo.

Y en su fisonomía se pintaron todas las señales de espanto; sus labios palidieron, y su frente se bañó de sudor.

Bálsamo no respondió.

— ¡En dónde estoy? preguntó ella.

— Sabéis de dónde venís, señora, respondió Bálsamo, y eso debe conducirnos naturalmente á adivinar en dónde estáis.

— Si, razón tenéis en refrescar mis recuerdos; me acuerdo en efecto. Sé que he sido perseguida por vos, arrancada por vos de los brazos de la real intermediaria que yo habia elegido entre Dios y yo.

— Entonces también sabéis que esa princesa, por poderosa que sea, no ha podido defenderos.

— ¡Sí, la habéis vencido por medio de alguna vio-

lencia mágica! exclamó Lorenza juntando las manos. ¡Oh, Dios mío! Dios mío! libradme de este demonio!

— ¿En qué veis en mí un demonio, señora? dijo Bálamo encogiéndose de hombros. Os suplico, por última vez, que dejéis ese bagaje de creencias pueriles traídas de Roma, y todo ese fárrago de supersticiones absurdas que habéis arrastrado en pos de vos desde vuestra salida del convento.

— ¡Oh! ¡mi convento! ¡Quién me devolverá mi convento! exclamó Lorenza prorrumpiendo en llanto.

— En efecto, dijo Bálamo, ¡un convento es una cosa que se debe echar mucho de menos!

Lorenza se lanzó hacia una de las ventanas, descorrió las cortinas, luego levantó la falleba, y su mano extendida se detuvo en uno de los gruesos barrotes cubiertos de una reja de hierro oculta bajo flores que le hacían perder mucho de su significación sin quitarle nada de su eficacia.

— Cárcel por cárcel, dijo, prefiero la que conduce al cielo á la que nos lleva al infierno.

Y apoyó furiosamente sus delicados puños sobre los triángulos.

— Si fuereis más razonable, Lorenza, no hallaríais en esa ventana más que flores sin barras.

— ¿No era razonable cuando me encerrabais en aquella otra cárcel ambulante con ese vampiro que llamáis Althotas? Sí, y sin embargo no me perdíais de vista; sin embargo, cuando me dejabais, soplabais en mí ese espíritu que me posee y á quien no puedo combatir! ¿Dónde está ese espantoso viejo que me hace morir de terror? Ahí en algún rincón, ¿no es verdad? ¡Callemos los dos, y oiremos salir de debajo tierra su voz de fantasma!

— Exaltáis vuestra imaginación como un niño, señora, dijo Bálamo. Althotas, mi preceptor, mi

amigo, mi segundo padre, es un anciano inofensivo que jamás os ha visto ni se os ha acercado, ó que si se os ha acercado ú os ha visto, ni siquiera ha fijado la atención en vos, porque está lanzado en la prosecución de su obra.

— ¡Su obra! murmuró Lorenza; ¿y cuál es su obra? decid.

— Se ocupa en buscar el elixir de vida, lo que todos los espíritus superiores han buscado de seis mil años acá.

— Y vos ¿qué buscáis?

— ¿Yo? la perfección humana.

— ¡Oh! ¡los demonios! ¡los demonios! exclamó Lorenza levantando las manos al cielo.

— Bueno, dijo Bálamo levantándose; os vuelve á acometer vuestro acceso.

— ¿Mi acceso?

— Sí, vuestro acceso. Hay una cosa que ignoráis, Lorenza; y es que vuestra vida está separada en dos períodos iguales; durante el uno sois dulce, buena y razonable, durante el otro estáis loca.

— ¿Y me encerráis bajo el vano pretexto de esa locura?

— ¡Ay! preciso es.

— ¡Oh! sed cruel, bárbaro, sin piedad; encarceladme, matadme, pero no seáis hipócrita, y no aparentéis compadeceros de mí torturándome.

— Veamos, dijo Bálamo sin enojarse, y hasta con una sonrisa benévola. ¿Es una tortura el habitar un cuarto elegante y cómodo?

— ¡Rejas, rejas por todas partes! ¡Barrotes, barrotes, sin poder respirar el aire!

— Esas rejas están ahí por el interés de vuestra vida, ¿lo oís, Lorenza?

— ¡ Oh ! exclamó ésta. ¡ Me está matando á fuego lento y me dice que toma interés en mi vida !

Bálsamo se acercó á la joven, y con una expresión amistosa quiso cogerle la mano ; pero ella retrocedió como si sintiese el roce de una serpiente.

— ¡ Oh , no me toquéis ! dijo.

— ¿ Conque me aborrecéis, Lorenza ?

— Preguntad al paciente si ama á su verdugo.

— ¡ Lorenza, Lorenza, porque no quiero llegar á serlo os cerceno algo de vuestra libertad ! Si pudieseis ir y venir á vuestro antojo, ¿ quién puede saber lo que haríais en uno de vuestros instantes de locura ?

— ¡ Lo que yo haría ! ¡ Oh ! ¡ sea yo libre un día y ya veréis !

— ¡ Lorenza, ¡ estáis tratando mal al esposo que habéis elegido ante Dios !

— ¿ Yo haberos elegido ? jamás.

— Sin embargo, sois mi mujer

— ¡ Oh ! eso es obra del demonio.

— ¡ Pobre insensata ! dijo Bálsamo mirándola con ternura.

— ¡ Pero yo soy romana ! murmuró Lorenza. ¡ Y un día... un día me vengaré !

Bálsamo meneó suavemente la cabeza.

— ¿ No es verdad que decís eso por asustarme, Lorenza ? preguntó sonriendo.

— No, no ; lo haré como lo digo. ;

— ¡ Mujer cristiana ! ¿ qué estáis diciendo ? exclamó Bálsamo con una autoridad sorprendente. Luego vuestra religión que manda hacer bien al que os hace mal, no es más que hipocresía, puesto que pretendéis seguir esa religión, y devolvéis el mal por el bien.

Estas palabras parecieron hacer mella en Lorenza por un instante.

— ¡ Oh ! dijo. El denunciar á la sociedad sus enemigos no es una venganza, es un deber.

— Si me denunciáis como un nigromante, como un hechicero, no es la sociedad á la que ofendo, sino Dios á quien desafío. ¿ Por qué, pues, si yo desafío á Dios, á Dios que puede anonadarme con una simple señal, no se toma el trabajo de castigarme, y deja este cuidado á los hombres, débiles como yo, y, como yo, sujetos al error ?

— ¡ Dios olvida, ¡ tolera ! murmuró la joven. Aguarda que os reforméis.

Bálsamo se sonrió.

— Y mientras tanto, dijo, os aconseja el que vendáis á vuestro amigo, á vuestro bienhechor, á vuestro esposo.

— ¡ Mi esposo ! Á Dios gracias, jamás vuestra mano ha tocado á la mía sin hacerme ruborizar y estremecerme.

— Y bien, sabéis que siempre he tenido la generosidad de tratar de evitaros ese contacto.

— Es verdad, sois casto, y esta es la única recompensa acordada á mis desgracias. ¡ Oh ! ¡ si hubiese tenido que sufrir vuestro amor !

— ¡ Oh, misterio, misterio impenetrable ! murmuró Bálsamo, que parecía seguir su pensamiento más bien que responder á Lorenza.

— Terminemos, dijo Lorenza, ¿ por qué me priváis de mi libertad ?

— ¿ Por qué, después de habéroslo dado voluntariamente, queréis volver á tomarla ? ¿ Por qué huis del que os protege ? ¿ Por qué vais á pedir un apoyo á una extranjera contra el que os ama ? ¿ Por qué amenazáis sin cesar al que nunca os amenaza, con revelar secretos que no son vuestros, y cuya importancia ignoráis ?

— ¡ Oh ! dijo Lorenza sin responder á estas pre-

guntas. El prisionero que quiere firmemente ser libre, lo logra siempre, y vuestras barras de hierro no me detendrán más que vuestra jaula ambulante.

— Felizmente para vos, son sólidas, Lorenza, dijo Bálamo con amenazadora tranquilidad.

— Dios me enviará alguna tempestad como la de la Lorena, algún rayo que las despedace.

— Creedme, y pedid á Dios que no haga semejante cosa. Creed, y desconfiad de esas exaltaciones romancescas. Lorenza, os hablo como amigo, escuchadme.

Había tanta cólera concentrada en la voz de Bálamo, sus ojos despedían tanto fuego sombrío, y su blanca y musculosa mano se crispaba de un modo tan extraño á cada palabra que pronunciaba lenta y solemnemente, que Lorenza, aturdida en lo más fuerte de su rebelión, no pudo menos de escuchar.

— Bien lo veis, hija mía, continuó Bálamo sin que su voz hubiese perdido nada de su amenazadora dulzura; he tratado de hacer esta prisión habitable para una reina; aunque fueseis reina, nada os faltaría aquí. Calmad, pues, esa loca exaltación: vivid aquí como hubierais vivido en vuestro convento. Habituaos á mi presencia: amadme como á un amigo, como á un hermano. Tengo grandes pesares, que os confiaré; espantosas decepciones, y á veces una sonrisa vuestra me consolará. Cuanto más buena, atenta y sufrida os vea, tanto más adelgazaré las rejas de vuestra celda. ¿Quién sabe? acaso dentro de un año ó de medio, seréis tan libre como yo, en sentido de que no queréis ya robarme vuestra libertad.

— ¡No, no! exclamó Lorenza, no pudiendo comprender que una resolución tan terrible se hermanase con una voz tan dulce. ¡No, no más promesas, basta de mentiras! Me habéis arrebatado violentamente; yo me pertenezco á mí y á mí sola; así, si no queréis

volverme á mí, devolvedme á lo menos á Dios. Hasta aquí he tolerado vuestro despotismo, porque recuerdo que me habéis arrancado de manos de los bandidos que iban á deshonorarme; pero ese reconocimiento se va debilitando. Algunos días más de esta prisión que me irrita, y ya no os profesaré ninguna gratitud; y más tarde, más tarde... ¡Tened cuidado! acaso llegaré á creer que teníais relaciones misteriosas con aquellos bandidos.

— ¡Me haríais el honor de creerme un jefe de bandidos? preguntó irónicamente Bálamo.

— No lo sé, pero, cuando menos, he sorprendido ciertas señas y palabras.

— ¡Habéis sorprendido señas y palabras! repitió Bálamo palideciendo.

— Sí, sí; las he sorprendido, las sé, las conozco.

— Pero no las diréis jamás; no las diréis á ningún ser viviente; las guardaréis en lo más recóndito de vuestro pecho para que mueran allí ahogadas.

— ¡Todo lo contrario! exclamó Lorenza, dichosa, como uno lo es en su cólera, de hallar por último el lado vulnerable de su antagonista. Conservaré piadosamente en mi memoria esas palabras; las repetiré en voz baja mientras me vea sola, y en voz bien alta en la primera ocasión: ya las he dicho.

— ¿A quién? preguntó Bálamo.

— A la princesa.

— ¡Y bien, Lorenza! ¡escuchad bien esto! dijo Bálamo sumiendo sus dedos en la carne para apagar su efervescencia y repeler la sangre que á ella se agolpaba. ¡Si las habéis dicho, no las volveréis á decir no las repetiréis jamás, porque tendré las puertas cerradas, aguzaré las puntas de estas barras, y, si preciso es, levantaré las paredes de este patio tan altas como las de la torre de Babel!

— ¡ Os lo he dicho, Bálamo, exclamó Lorenza ; se sale de la prisión, especialmente cuando el amor de la libertad se refuerza con el odio al tirano !

— ¡ Á las mil maravillas ! Salid pues de aquí, Lorenza, pero sabed que no saldréis más que dos veces. Á la primera, os castigaré tan cruelmente que derramaréis cuantas lágrimas hay en vuestros ojos ; á la segunda, os golpearé tan implacablemente, que derramaréis cuanta sangre hay en vuestras venas.

— ¡ Dios mío ! ¡ Dios mío ! ¡ me quiere asesinar ! gritó con sorda voz la joven que había llegado al último paroxismo de la cólera, arrancándose los cabellos y revolcándose sobre la alfombra.

Bálamo la consideró un instante con una mezcla de cólera y compasión. Por último triunfó ésta de aquélla.

— Vamos, Lorenza, dijo, volved en vos ; tranquilizaos ; llegará un día en que seréis ampliamente recompensada de lo que hayáis sufrido ó creído sufrir.

— ¡ Encerrada ! ¡ encerrada ! gritó Lorenza sin escuchar á Bálamo.

— Paciencia.

— ¡ Golpeada !

— Es un tiempo de prueba.

— ¡ Loca ! ¡ loca !

— Ya sanaréis.

— ¡ Oh ! ¡ metedme en seguida en una casa de locos ! ¡ Encerradme enteramente en una verdadera cárcel !

— No, pues me habéis prevenido demasiado bien de lo que haríais contra mí.

— ¡ Y bien ! exclamó Lorenza. ¡ La muerte ! ¡ Entonces, la muerte en seguida !

Y levantándose con la flexibilidad y rapidez de un

animal bravío, se lanzó á estrellarse la cabeza contra la pared.

Pero Bálamo no tuvo que hacer más que extender la mano hacia ella y pronunciar en lo íntimo de su voluntad, más bien que con sus labios, una sola palabra para detenerla en el camino : Lorenza, lanzada ya, se detuvo súbitamente, bamboleó y cayó adormecida en los brazos de Bálamo.

El extraño encantador que parecía haberse sometido toda la parte material de aquella mujer, pero que luchaba en vano contra la parte moral, levantó á Lorenza entre sus brazos, y la colocó en la cama ; en seguida imprimió en sus labios un fuerte beso, corrió las cortinas de la cama y las ventanas, y salió.

En cuanto á Lorenza, un sueño dulce y benéfico le envolvió como la capa de una tierna madre envuelve al niño caprichoso que ha sufrido y llorado mucho.